

¿Qué hacen los Católicos en Venezuela?

Mons. Enrique Rodríguez Alvarez,

Apóstol del Llano

VENIMOS consagrando esta reciente sección de nuestra revista al estudio de instituciones de trascendencia o ejemplaridad nacionales. Así parece reclamarlo su propia naturaleza.

Con todo, este mes, y por modo excepcional, lo concretamos a un individuo: a **Mons. Enrique Rodríguez Alvarez**, Secretario del Obispo de Calabozo, que acaba de alcanzar, el pasado dos de Junio, el vigésimo quinto aniversario de su ordenación sacerdotal.

No es caso raro en las obras de apostolado que una vigorosa personalidad concentre la eficacia de una institución. Sin embargo rara vez la expresión manoseada y tópica: "es una institución" corresponde a un contenido más real y objetivo, que cuando se ha utilizado para sintetizar la obra social y apostólica realizada en el Llano por Mons. Rodríguez Alvarez.

En horas tristes y dolorosas de la inexorable decadencia de la pampa venezolana, Mons. Rodríguez Alvarez ha trabajado con indiscutida generosidad de espíritu y con toda la pujanza de su inmenso talento y capacidad de acción por mitigar el dolor y contener el espíritu derrotista de los hijos mejores de su idolatrada tierra nativa.

Mons Rodríguez es por su nacimiento y sus costumbres, por sus predilecciones afectivas y sus giros de lenguaje y narración, un auténtico llanero, "de llano adentro".

Nació en Zaraza el día dos de setiembre de 1893, en la confluencia de los llanos occidentales y centrales. Su madre, Doña Anita Alvarez de Rodríguez, prima hermana del actual Obispo de los Llanos, Mons. Arturo Celestino Alvarez, quedó viuda, de Don Vicente Rodríguez, cuando el niño Enrique, el menor de una hermosa familia de siete hijos, contaba tres meses.

Enrique conserva aún en la memoria y narra con su peculiar gracejo y lentitud llanera emocionantes episodios de aquella época turbulenta de banderías políticas, cuando los caudillos supervivientes de La Federación, La Libertadora y la Mochera recorrían las poblaciones del Llano con sus montoneras de guerreros jinetes.

"Se podrá hablar líricamente y decir lo que se quiera de la feroz contienda civil de la Federación. Pero la ruina del Llano y aun nuestro paludismo datan de aquella época, nos dice Mons. Rodríguez: Cuando mis hermanos fueron creciendo, mamá se escondía en el monte, cada vez que se acercaba una de aquellas montoneras. Aquellos feroces guerreros no respetaban derechos, violaban los hogares y se perdían en la llanura con la llorosa muchacha en el anca de su caballo. En muchos pueblos del Llano el cura era la providencia del poblado. Cuando se acercaba alguno de los jefes rebeldes salía a su encuentro, suplicaba benevolencia y pactaba con el caudillo las condiciones de la indulgencia del saqueo".

Uno de aquellos sacerdotes, padres y protectores de las castigadas poblaciones del Llano, fué el Párroco de Zaraza, Pbro. Arturo Celestino Alvarez, a cuyo afecto han quedado vinculadas, con lazos casi familiares de amor y agradecimiento, las mejores familias del Llano y particularmente las de Zaraza, hoy en franca dispersión por toda la República o concentradas más bien en la Capital.

Enrique comenzó sus estudios junto a su tío Arturo Celestino. Cuando este santo sacerdote fué elevado a la silla episcopal de Maracaibo llevó consigo al niño Enrique, quien al poco tiempo se sintió llamado al estado sacerdotal, inició sus estudios eclesiásticos en 1910 y fué orde-

nado de presbítero el dos de junio de 1917. contaba a la sazón 24 años de edad.

Maracaibo conserva aún vivo el recuerdo de aquel joven y dinámico sacerdote. El Padre Enrique Rodríguez fué muy pronto uno de los oradores más populares y uno de los más celosos catequistas de la ciudad y colaboró con su peculiar eficacia en las empresas del Obispo Alvarez, cuya memoria quedó gravada—también allí—en el alma de las clases necesitadas de la ciudad. Bueno será dejar aquí contancia de la colaboración del Padre Enrique en la grandiosa obra de la Catedral de Maracaibo. Que su memoria perdura aún en la ciudad del Lago lo testifican los setenta telegramas que se han recibido en el vigésimo quinto aniversario de su ordenación sacerdotal.

El año 1919 Mons. Alvarez fué trasladado a la Diócesis de Calabozo. Con él retornó al Llano el Padre Enrique. Un año más tarde, el 15 de Junio de 1920, se encargó interinamente de la parroquia de El Sombrero. El conocía a sus llaneros. Con su admirable don de gentes consoló a la población desolada a la desaparición del recordado P. Tovar, adquirió la actual casa parroquial e inició la construcción de la nueva Iglesia. Algún conocido Diputado del actual Congreso Nacional, el Br. Ricardo Montilla, recuerda con fruición aquellos días felices, que fueron los de su infancia en las primeras planicies del Llano guariqueño. Allí experimentó también el P. Rodríguez los primeros zarpazos de la agotadora plaga del paludismo.

El 7 de agosto de 1921 fué encargado de la importante parroquia de San Fernando de Apure, que había de entregar algunos meses más tarde a los Hijos del Corazón de María. Por la misma época inició sus campañas periodísticas con un periódico nómada **El Ideal Cristiano**, cuyos números aparecen editados sucesivamente en Calabozo, San Fernando, Zaraza y nuevamente en Calabozo. Desde 1930 aparece definitivamente transformado con el nombre de **La Hojita Parroquial**.

El 7 de mayo de 1927 fué honrado con el título de Camarero Secreto de S. S. Honor que le alcanzó y le obligó a aceptar el entonces Nuncio de S. S. en Venezuela, Mons Fernando Cento.

El 12 de mayo de 1931 se le nombró Socio correspondiente de la Academia Mexicana de Santa María de Guadalupe.

El 6 de mayo de 1938, Miembro có-

rrespondiente de la Academia Nacional de la Historia.

La visita "ad limina" de Mons. Alvarez el año 1928 le proporcionó un paréntesis en sus labores apostólicas. Visitó entonces España, Francia, Italia, Tierra Santa, Grecia, Egipto... De aquella gratísima peregrinación corre entre sus familiares un interesantísimo anecdotario, en que son protagonistas centrales Mons. Cento, Mons. Alvarez y Mons. Rodríguez, cuyo carácter festivo imprimió a aquel viaje un espíritu de aventura, pleno de pintorescas peripecias.

H IJO BENEMERITO DE CALABOZO.—

Ninguna ciudad del Llano ha experimentado más intensamente el influjo benéfico de Mons. Rodríguez que la vieja capital guariqueña, Calabozo. Desde 1931 regentó una de sus parroquias centrales: **Nuestra Señora de las Mercedes**. Hay un contraste revelador entre la belleza elegante y sobria de aquel templo, en el que altares, muros, bancos y ornamentos delatan un Ministro del Señor celoso y artista, y la modestia y pobreza de la aneja casa parroquial. Y sin embargo nadie ignora que desde aquella modesta casa parroquial se gobernaba moralmente la ciudad de Calabozo. Pronto surgieron junto a la parroquia, el **Hospital Mercedes**, dirigido por las Hermanas Agustinas, a cuya vera se construyó recientemente una modernísima casa de maternidad; el **Colegio del Rosaño**, dirigido por las Madres Dominicas; y varias espléndidas asociaciones parroquiales. Mons. Rodríguez colaboraba además, como brazo derecho del Prelado, en la transformación del amplio edificio del Seminario Diocesano, encomendado a los Padres Paúles, y en las obras de embellecimiento de la Iglesia Catedral. Todós los habitantes de Calabozo tienen algo que decirnos de las obras de caridad y beneficencia del Padre Enrique... y a su actuación discreta pero profundísima en toda clase de problemas familiares y municipales se debè sin duda un fenómeno que llama gratamente la atención de todo visitante de Calabozo: la fusión espontánea y casi familiar de los sectores eclesiásticos y profanos de la ciudad, donde Mons Arturo Celestino Alvarez es padre de ricos y pobres, y el Padre Enrique el hermano generoso y el protector nato de todos los habitantes. La ciudad de Calabozo es consciente de esta realidad desde hace muchos años; el 1933 declaró el Municipio a Mons. Enrique Rodríguez Alvarez "Hijo Benemérito de la ciudad".

EL APOSTOL DEL LLANO. — Pero el aspecto más pintoresco y singular de la vida de Mons. Rodríguez no llegaría a comprenderse si no consagráramos unos párrafos a sus correrías como Visitador diocesano en nombre y con todos los poderes delegados de su anciano tío Mons. Alvarez. En esas correrías llevó el pan de la verdad a los más apartados rincones del Llano; en esas correrías desfogó su alma de apóstol; en esas correrías perdió prematuramente su salud.

Los más desconocidos caseríos de Guárico y Apure, los ríos gigantes y los caños espumosos, los bongos y las canoas, las riberas plagadas de caimanes y las selvas estridentes de araguatos conocen al Padre Enrique, el "jinete de Cristo", el llanero más popular, que sabe de la sed y el hambre, de las alegrías y de las tristezas del llanero; porque ha experimentado en carne propia sus miserias y sus grandezas, el sol calcinador, los traidores lodazales, los bados a lomo de caballo, las veladas al son del arpa, las maracas y el cuatro; los **corrios**, las terneras asadas en el campo, la paz, el dolor, la soledad del llano obismal e interminable, el llano amado y temido, que se despuebla y fenece por el paludismo, los monopolios y la incompreensión de los que declaman, protestan, medran y especulan en la capital recitando de memoria o por un fácil viaje de turismo del Llano doliente y moribundo.

¡Campos de Zaraza y El Socorro, caños del Apure, caseríos del Guárico y Barinas! ¡Llano inmenso todo caminos, todo horizontes...! ¡qué atracción ejercéis todavía en el alma atormentada de Mons. Rodríguez Alvarez, que en la mitad del camino de su vida, en la plena madurez de sus experiencias y en el mismo germinar de su siembra apostólica hubo de abandonar forzosamente, herido en su salud por la violencia de su celo desbordado e incontenible!

UNA MUESTRA. — Lo que sería un anecdotario llanero de Mons. Rodríguez lo pudimos entrever en nuestro reciente viaje a Calabozo, en que nos tocó acompañar a Monseñor.

Rodábamos por las rectas sin fin de la amplia carretera cuando le preguntamos:

—Monseñor, cuéntenos una anécdota del Llano.

—¿Una anécdota? ¿Quiere una historia de aparecidos...? Bogaba yo una vez en una canoa por el río Portuguesa, camino de Arismendi, cuando el patrón, con una

sonrisa burlona, me señaló una choza en la ribera. —"Allí, por ese ranchito, como que se ven visiones... me dijo— ¿Cómo? —Ahí vivía en la paz de Dios la negra María, su esposo Nicolás y el amigo Vicente. Vicente partió con su canoa a cazar río arriba. A Colás le dió una tarde un accidente y murió. La negra María, solita y llorosa, subió el cadáver a la troja, tomó la canoa y bajó por el río al poblado a notificar el trágico suceso a los amigos. Pronto los halló: era Mayo y estaban reunidos en **velorio de la Cruz**. Pero sucedió que al caer de la tarde el amigo Vicente tornó inesperadamente de su cacería; amarró la canoa y entró en el ranchito. Extrañó la ausencia de los amigos; pero recordó que era Mayo y los supuso en un velorio. Preparó su café y subió a dormir a la troja. Dos horas más tarde, a boca de noche, tornó la negra María con los amigos y a la puerta del rancho echó una plañidera que partía el alma, llamando al malogrado Colás. Los amigos la acompañaban respetuosamente. Pero ¡cuál no sería la sorpresa de todos cuando de la troja comienza a descender un hombre!? María dió un chillido y cayó desmayada. Los del poblado la cargaron en hombros, corrieron a las canoas y huyeron río abajo. Los gritos de Vicente no hacían sino aumentar el pánico. Lo triste fué que en la precipitación los fugitivos se habían llevado su canoa y Vicente se encontró a media noche sin la canoa y el muerto Colás en la troja..."

—Monseñor, échenos una coplita llanera.

—Vamos a ver... Una muy bonita le echaron al Obispo una vez que yo lo acompañaba en una visita. Ud. conoce su horror por el alcohol y sus campañas y pastorales contra el alcoholismo. En aquel poblado habíamos agotado todos los cartuchos contra el licor... Partíamos ya del pueblo, cuando en la comitiva apareció un grupo de Hijas de María con sendas botellas de cerveza en la mano. Mons. comenzó a inquietarse; no quería dar el espectáculo de que la comitiva avanzara con aquella bandera en la mano. Cuchicheé dos palabras a su oído y Monseñor se adelantó al grupo y dijo: Vamos a brindar una cervecita por las Hijas de María. Entonces una de ellas se cuadró ante el Obispo y cantó:

Que en salud se nos convierta
por ser cosa del Obispo;
el que no come con Cristo
no encuentra la puerta abierta.

Sonaron los aplausos y Mons. Alvarez los aprovechó para derramar discretamente al suelo su cerveza.

—Monseñor: ¿no hay por el Llano literatura de coplas piadosas? Porque los autores y novelistas rara vez las mencionan.

—¿Coplas piadosas? Como para formar un volumen. Mire... por las llanuras de Arizmendi, camino de Apurito, avanzaba un arriero y entonó:

Canta, canta compañero,
no le tenga miedo a naide,
que en la copa e mi sombrero
llevo a la Virgen de Carmen.

Pronto resonó en los aires una respuesta de un llanero de Apurito cuya patrona es la Virgen del Rosario:

Canta, canta con valor,
que aquí, en negro relicario,
yo llevo sobre mi pecho
a la Virgen del Rosario.

A lo que replicó con viveza el de Arizmendi:

Rosario y Carmen son una,
la misma Virgen María,
que, como el sol y la luna,
nos alumbran noche y día.

Y siguió la contienda, que pronto degeneró en motivos menos piadosos.

Pero el anecdótico de Monseñor es, como el Llano, abismal y peligroso. Escuchándolo se pierde la noción del espacio y el tiempo.

BODAS DE PLATA SACERDOTALES.—

La última empresa apostólica de Mons. Rodríguez fué la construcción de la moderna Iglesia de El Socorro. Cuando ultimaba esta obra y proyectaba un estudio estadístico e iniciaba las labores para un asilo de niños huérfanos en Calabozo, cayó enfermo el 20 de agosto de 1940.

La ciencia médica ha sido ineficaz hasta la fecha para arreglar su averiada tensión arterial. Famosos médicos caraqueños, entre los cuales debemos mencionar en primer término a su sobrino el Doctor Rafael Hernández Rodríguez, han consagrado toda su solicitud al ilustre enfermo. Pe-

ro la Providencia de Dios, misteriosa e insondable, permite que el hombre férreo y audaz, que era capaz y sentía placer en la evangelización de los Llanos se acrisole en el tormento de la inacción clavado en un lecho en casa de sus familiares de Caracas.

En medio de su enfermedad Monseñor Rodríguez ha recibido manifestaciones sincerísimas de afecto. Mas de dos mil telegramas han llegado hasta su lecho con ansiosas interrogaciones sobre el curso de su salud.

Pero la más inequívoca es la que le dió la ciudad de Calabozo en la primera semana del pasado junio con ocasión de sus bodas de plata sacerdotales. A pesar de su estado convalesciente, el Apóstol del Llano no pudo negarse a celebrar en el corazón del Guárico el vigésimo quinto aniversario de su ordenación sacerdotal; y el día primero de Junio, cuidadosamente vigilado por sus médicos de cabecera, Drs. Rafael Hernández Rodríguez y Domingo Collado, entró en la ciudad de Calabozo. Rara vez habrá conocido el Llano, ahora reverdecido y vestido de fiesta, días de alborozo popular más espontáneo. Una corriente de juventud y optimismo hizo germinar flores y sonrisas en los magestuosos y sombríos caserones de la capital llanera, tan castigada por la naturaleza y los hombres en los últimos decenios.

Pero de estas fiestas jubilares hemos dado una expresa narración en las páginas de "El Universal" (12-VI-42).

Centenares de telegramas, llegados del Zulia y el Llano, de todos los despachos del Poder Ejecutivo, de las Cámaras Legislativas, del Episcopado, Cleo y Ordenes Religiosas de toda la República concentraron por unos días la atención nacional en la añeja Calabozo, que conserva todavía el prestigio de la sede episcopal y cuenta con el cariño entrañable de Mons. Enrique Rodríguez Alvarez, para cuya salud sería tal vez una medicina providencial la noticia deseada de que la capital del Guárico ha sido oficialmente trasladada a Calabozo, como lo reclaman conveniencias económicas y geográficas y su indiscutida prestancia histórica.

M. Aguirre Elorriaga, S. J.

Caracas, junio 1942.